

SIGNIFICADO Y VALOR: LA CRÍTICA PRAGMATISTA AL EMOTIVISMO

Ángel Manuel Faerna

Universidad de Castilla-La Mancha

Abstract: Pragmatism and Logical Positivism constitute different traditions in philosophy, though for a period of time they shared some views and had intellectual and social interests in common. John Dewey, in particular, collaborated to the *International Encyclopedia of Unified Science* promoted by Carnap, Neurath, and other positivists. In this relationship, the topic of values were the main issue. For the positivist party, emotivism represented the “official doctrine” regarding ethical (or, in general, evaluative) sentences; whereas for Dewey value judgements had full, genuine empirical meaning. Here we examine Dewey’s criticism of emotivism as represented by its best known theorist, Charles L. Stevenson, trying to assess the real scope of the differences between positivist and pragmatist traditions.

Keywords: Emotive meaning, fact/value, metaethics, positivism, pragmatism

I

EL pragmatismo ha tenido una trayectoria extraña en el panorama filosófico del pasado siglo. Nació de manera casi privada hacia la década de 1870 con Charles S. Peirce, el pensador con menos obra publicada de toda la historia de la filosofía –si lo medimos en términos de la proporción entre sus escritos inéditos y los que llegaron a ver la luz en vida del autor, y aun después. Su idea del pragmatismo no llegó a trascender el pequeño círculo de amigos que se reunían en el hoy famoso *Club Metafísico*¹ a discutir cuestiones de ciencia desde un punto de vista filosófico. Uno de esos amigos era William James, prototipo del pensador popular y conferenciante de éxito que, casi treinta años después, ya en los albores del siglo xx, convertirá el pragmatismo en un fenómeno de enorme repercusión, tanto académica como no académica. Con él salta a Europa, donde será discutido con apasionamiento por todos los grandes filósofos del momento. En las décadas de 1910 y 1920 el pragmatismo es una de las corrientes en boga, tanto por el número de sus partidarios como por el de sus detractores. En esos años irrumpe la figura de John Dewey, que marca toda una época en el mundo intelectual de los Estados Unidos y desarrolla el pragmatismo en las más variadas direcciones, sobre todo en la línea de la ética y la filosofía social y política. En España se tra-

¹ Debido sobre todo a la reciente monografía de Louis Menand, *The Metaphysical Club* (2001), galardonada con el Premio Pulitzer –hay traducción castellana de A. Bonnanno: *El club de los metafísicos*, Madrid, Destino, 2002.

duce a James y a Dewey, y figuras de la talla de Unamuno, Machado o Eugenio D'Ors se interesan vivamente por él; lo mismo sucede en Italia o Inglaterra.

No obstante, los años 30 asisten a uno de esos momentos (nada raros, por lo demás) en que la historia política produce efectos directos en la historia de las ideas: el ascenso del nazismo provoca una fuga de cerebros en Centroeuropa que lleva a los principales representantes del Círculo de Viena a emigrar a Estados Unidos, donde un notable discípulo de Peirce y Dewey, Charles Morris, se encargará de conseguirles puestos en las principales universidades, incluida la suya propia de Chicago (en la que recalará inicialmente Carnap). Si en un primer momento positivistas lógicos y pragmatistas simpatizan y comparten muchos de sus puntos de vista –coinciden en un mismo perfil de intelectuales progresistas convencidos de la importancia del método científico como clave para la educación de las masas, el progreso social y la racionalización de la política–,² al término de la II Guerra Mundial, y con la irrupción de la “guerra fría”, las cosas van a cambiar de manera radical. El positivismo evoluciona hacia un tipo de filosofía sofisticada y centrada casi exclusivamente en áridas cuestiones de lógica y semántica, y se hace completamente hegemónico en el mundo académico, marcando al mismo tiempo la pauta de la corriente “analítica” que dominará desde entonces el pensamiento en lengua inglesa.³ En ese viaje, el pragmatismo se queda por el camino y prácticamente desaparece del panorama. Durante años, las obras de Peirce, James y Dewey acumulan polvo en los estantes y no tienen peso alguno en los debates.

Pero, cuando el pragmatismo parece que va a quedar como una de tantas corrientes superadas por la historia, resulta que es la propia escuela analítica la que desentierra su cadáver, siquiera sea parcialmente. El pionero a este respecto fue Quine, que cierra ese artículo capital para la inflexión de la filosofía analítica que fue “Dos dogmas del empirismo” (1953) con una apelación expresa a “un pragmatismo más completo” que el de Carnap y Lewis.⁴ La revisión que a partir de ese momento van a sufrir nociones centrales al paradigma analítico como las de “significado”, “contenido empírico”, “verdadero-en-L”, etc., invocará con relativa frecuencia un cierto espíritu pragmatista en filósofos como Nelson Goodman, Wilfrid Sellars, Hilary Putnam o Donald Davidson. Paralelamente, los póstumos del “segundo Wittgenstein”, desde las

² El “Movimiento por la Unidad de la Ciencia” de los positivistas –cuyo manifiesto oficioso, “La concepción científica del mundo: el Círculo de Viena”, vio la luz en 1929 con la firma de Otto Neurath, Rudolph Carnap y Hans Hahn– era un programa orientado a influir en el diseño de políticas y de instituciones más eficaces a la hora de resolver los distintos problemas sociales, guiado por la convicción de que los hábitos cooperativos, intersubjetivos y antidogmáticos que caracterizan el modo de proceder científico debían repercutir en todas las esferas de la vida comunitaria. “Unificar el lenguaje de las ciencias” no era meramente un reto intelectual para filósofos de gabinete, sino el compromiso de integrar los conocimientos adquiridos por los investigadores en una verdadera *cultura* científica que, trasladada a la sociedad mediante la educación universal, revertiera por sí sola en la cultura humanística, en vez de permanecer atomizada en especialidades y desactivada como actor social colectivo. En muchos aspectos, esto no podía estar más cerca de lo que propugnaba el propio Dewey.

³ Abundando en el comentario anterior sobre las interacciones entre historia de la filosofía y realidad política, es difícil encontrar mejor ilustración del fenómeno que la “intrahistoria”, si puede llamarse así, de esa rápida conversión del positivismo lógico desde un movimiento con una marcada “conciencia social” hacia una corriente estrictamente académica interesada sólo en escalar “las heladas laderas de la lógica”. Esta última expresión está tomada del subtítulo del libro de George A. Reisch, *How the Cold War Transformed Philosophy of Science: To the Icy Slopes of Logic* (Nueva York, Cambridge University Press, 2005), un excelente estudio de la cuestión.

⁴ Véase Willard v. O. Quine, “Dos dogmas del empirismo”, en *Desde un punto de vista lógico*, trad. De M. Sacristán, Barcelona, Ariel, 1962; p. 81.

Investigaciones filosóficas (1958) hasta *Sobre la certeza* (1969), parecen también entroncar en alguna medida con intuiciones de corte pragmático. Y finalmente será Rorty, a partir de *La filosofía y el espejo de la naturaleza* (1979), quien recoja todos esos hilos, los trence hábilmente con unas cuantas dosis de filosofía “continental” y decreta la muerte de la filosofía analítica, que vendrá a ser sustituida por un modo “post-filosófico” de pensar que ya habría sido entrevisto con medio siglo de antelación por Dewey. A partir de ese momento, hablar de “neopragmatismo” empieza a hacerse habitual, y en los programas de filosofía contemporánea de las universidades los nombres de Peirce, James y Dewey se rescatan del olvido.

No hago este apretado resumen con la intención de detenerme en consideraciones historiográficas, sino sólo para situar en un marco amplio la discusión filosófica más bien acotada a la que alude el título de este trabajo: el debate entre un pragmatista, John Dewey, y un filósofo analítico, Charles L. Stevenson, en torno al significado de los juicios de valor. Quizá habría que empezar por señalar que el tal debate constituye en buena medida una reconstrucción por mi parte, aunque sin llegar a ser una mera ficción retórica. No hubo propiamente un “intercambio” entre Dewey y Stevenson, ni ambos representan tampoco ese tipo de polaridad extrema en lo filosófico que normalmente se da en semejantes confrontaciones –de hecho, Stevenson, casi cincuenta años más joven (nacieron respectivamente en 1859 y 1908), puso en cierto modo bajo la advocación de Dewey el más importante de sus libros, *Ética y lenguaje*, publicado en 1944.⁵ Pero sí hay un “diálogo entre textos” que, a nuestros efectos, puede hacer las mismas funciones. El primero de ellos es la larga reseña que redactó Dewey del mencionado libro de Stevenson al año siguiente de su aparición, que lleva el título de “El objeto de la ética y el lenguaje”.⁶ El segundo, la “Introducción” que Stevenson escribió en 1978 para el volumen 5 de los *John Dewey's Middle Works*, perteneciente a la serie de sus obras completas y que contiene *Ética*, el tratado que Dewey publicó en colaboración con James H. Tufts en 1908.⁷ Y, como trasfondo del “debate”, la segunda de las dos contribuciones que el propio Dewey hizo a la Enciclopedia Universal de la Ciencia Unificada de los positivistas: “Teoría de la valoración”, de 1939.⁸

La sola presentación externa de estos textos ya indica algo de interés y que viene a corroborar en alguna medida lo dicho antes: pragmatismo y positivismo mantuvieron,

⁵ Charles L. Stevenson, *Ethics and Language*, New Haven, Yale University Press, 1944 –hay traducción castellana de E. A. Rabossi, por la que cito: *Ética y lenguaje*, Barcelona, Paidós, 1984. El libro lleva dos epígrafes iniciales: uno es de Ogden y Richards y el otro de Dewey (p. 12). En cuanto al contenido, el capítulo VIII (“Valor intrínseco y valor extrínseco”) hace un uso intensivo de las ideas deweyanas (v. nota 1 en la p. 167), y el XII (“Algunas teorías relacionadas”) dedica la primera sección al análisis de Dewey de los juicios valorativos.

⁶ “Ethical Subject-Matter and Language”, en *John Dewey's Later Works, 1925-1953*, vol. 15. Ed. de Jo Ann Boydston, Carbondale and Edwardsville, Southern Illinois University Press, 1978, pp. 127-140 (en adelante, LW seguido de los números de volumen y de página). La reseña crítica apareció originalmente en el *Journal of Philosophy*, 42 (1945), pp. 701-712.

⁷ *Ethics* (1908), en *John Dewey's Middle Works, 1899-1924*, vol. 5. Ed. de Jo Ann Boydston, Carbondale and Edwardsville, Southern Illinois University Press, 1978; pp. ix-xxxiii (en adelante, MW seguido de los números de volumen y de página). La introducción de Stevenson analiza sólo las partes de *Ethics* que son obra de Dewey, y se ciñe además al texto de la primera edición, muy revisado luego en la posterior de 1932.

⁸ “Theory of Valuation”, *International Encyclopedia of Unified Science*, vol. 2, nº 4, Chicago, University of Chicago Press, 1939 (citaré este texto por la edición de las obras completas: LW, 13, 189-251). La primera contribución de Dewey (véase, más abajo, la nota 10) había aparecido el año anterior en el primer número del primer volumen de la *Enciclopedia*, junto con trabajos de Neurath, Bohr, Russell, Carnap y Morris.

al menos durante un breve periodo de tiempo, una relación más que fluida. E indica también, si nos fijamos ahora en la temática que en dichos textos se discute, cuál era el principal punto de fricción entre uno y otro. La anécdota de cómo el enérgico Otto Neurath logró reclutar para las filas de su Movimiento a un renuente John Dewey lo ilustra a la perfección:

Neurath “estaba acostumbrado a que sus ideas salieran adelante”, dijo Morris en una ocasión, y quería que Dewey se involucrara en el proyecto de la enciclopedia. Si en 1935 Dewey se estaba resistiendo activamente, lo cierto es que pronto Neurath terminaría por imponerse. Después de entrevistarse con Neurath en Nueva York, Dewey accedió a colaborar en la primera monografía de la *Enciclopedia* y a integrarse en su Comité oficial de consejeros. Un relato sostiene que Neurath logró la participación de Dewey acudiendo a su casa de Morningside Heights para declarar: “juro que no creemos en las proposiciones atómicas”. Abraham Edel, que estuvo presente, recuerda que Neurath declaró algo diferente: que “le interesaban los valores, pero pensaba que no había nada que decir sobre ellos salvo que los tenemos”.⁹

La versión apócrifa del encuentro y la acreditada por un testigo apuntan desde direcciones distintas a uno y el mismo problema de fondo: la articulación de la problemática sociopolítica y de un discurso cargado de elementos valorativos con los presupuestos de una “filosofía científica”. En el caso del positivismo, ambos aspectos debían permanecer nítidamente separados: una cosa son los *hechos* y otra bien distinta los *valores*. Los primeros pueden ser elucidados con los métodos de la ciencia, los segundos no. Los juicios de valor –por ejemplo, que la ciencia y su método tienen una función social y cultural que cumplir– no pueden ser objeto de escrutinio científico ellos mismos, de modo que nada tiene que añadir la filosofía al respecto. Para el pragmatismo, en cambio, una “ciencia de hechos”, reductible en último término a una suma de proposiciones atómicas ensartadas mediante relaciones lógicas, difícilmente podía arrogarse semejante papel en la vida del individuo y de la sociedad.

De modo que lo que vinculaba a unos y otros era, en realidad y por encima de todo, la alianza frente al enemigo común representado por las filosofías “anti-moderanas” y “anti-científicas”, con sus correspondientes implicaciones ideológicas. Al menos en el caso de Dewey, ése fue sin lugar a dudas el motivo que lo llevó a ceder a los avances de Neurath. Sus dos trabajos para la *Enciclopedia* reflejan claramente esta situación. El primero, “La unidad de la ciencia como problema social”,¹⁰ sostenía la tesis de que, si la defensa y promoción de la ciencia constituye un problema *social* de primera importancia, es porque su principal enemiga no es la ignorancia, sino “la influencia del prejuicio, el dogma, el interés de clase, la autoridad externa, los sentimientos racistas y nacionalistas, y otros poderes similares”.¹¹ Es decir, los poderes que en sí mismos son fuente de los peores males sociales, son al mismo tiempo los que más tendrían que perder con una extensión de los hábitos científicos de pensamiento, lo cual constituye el mejor argumento para favorecer esos hábitos. Así pues, la verdadera batalla no se libraba en el mundo de las ideas (combatir la ignorancia), sino en la arena social (combatir la injusticia). En el segundo ensayo, “Teoría de la valoración”, Dewey intentaba brindar a los positivistas el modo de franquear esa barrera analítica

⁹ G. A. Reisch, *ob. cit.*, pp. 84-85. El testimonio de Edel procede de una comunicación personal a Reisch.

¹⁰ “Unity of Science as a Social Problem” (LW, 13, 271-280).

¹¹ *Ibid.*, pp. 274.

entre hechos y valores que les impedía proponer abiertamente una *ciencia de los intereses y de los fines humanos* (pues a eso se reducen para Dewey los valores), mostrando que los juicios de valor pueden construirse como juicios empíricos sometidos exactamente a las mismas pruebas de validez experimental que rigen en las ciencias para los juicios de hecho. Ésta es precisamente una de las definiciones que admite el pragmatismo en la versión que de él elaboró Dewey: la concepción de un método para incrementar el valor concreto de la experiencia futura tomando la experiencia pasada y presente como único y exclusivo criterio, y donde ese “valor” concreto de la experiencia es una cualidad en última instancia indivisible, aunque, en función de los contextos, lo especifiquemos como valor ético, estético, epistémico, jurídico, o de cualquier otra variedad.

Sobre este trasfondo de amplio alcance es donde hay que situar el debate específico en torno al emotivismo, entendido como la doctrina ortodoxa del positivismo en relación con cualquier clase de “valor” (aunque, en la práctica, los filósofos positivistas la asociaran casi exclusivamente con los de tipo moral). A ese respecto, la pauta venía marcada por el análisis que suministraba Alfred J. Ayer en el capítulo VI de *Lenguaje, verdad y lógica* (1936), titulado “Crítica de la ética y la teología”. Es cierto que, una vez que Dewey tuvo ocasión de discutir directamente con Carnap y con Neurath, llegó a la conclusión de que la presentación de Ayer no hacía enteramente justicia a las ideas de ambos;¹² y, en cuanto a Stevenson, tampoco tuvo inconveniente en reconocer que *Ética y lenguaje* representaba “decididamente un progreso” en relación con aquellos autores que “han negado toda fuerza descriptiva a las expresiones morales”.¹³ A pesar de todo ello, la diferencia de fondo que he estado señalando no podía desaparecer. De ahí que, al analizar en sus líneas generales la crítica de Dewey al emotivismo de Stevenson, los argumentos estrictamente analítico-lingüísticos (el problema del “significado emotivo”) deban enlazarse con otro tipo de consideraciones de calado filosófico mayor.

II

En Dewey, la clave para una correcta comprensión de los problemas filosóficos —que es el requisito imprescindible para encontrarles salida— consiste en saber qué los origina desde un punto de vista histórico-cultural. Así, en el caso de la vinculación entre positivismo y emotivismo, señaló muy clara y tempranamente su relación con la problemática asociada a la revolución científica de los siglos XVII y XVIII.¹⁴ Dewey se adelantó a las corrientes historiográficas que hoy prevalecen en subrayar como epicentro de esa revolución ciertas interacciones entre aspectos metodológicos y metafí-

¹² G. A. Reisch, *ob. cit.*, p. 83.

¹³ “Ethical Subject-Matter and Language”, LW, 15, 136 (véase también 140). Para Stevenson, en efecto, “en los contextos típicos de la ética normativa, los términos éticos tienen una función que es, a la vez, emotiva y descriptiva” (*Ética y lenguaje*, ed. *cit.*, p. 86).

¹⁴ Al comienzo de “Theory of Valuation”, Dewey vincula, efectivamente, la polarización del debate sobre los valores en dos posiciones extremas —la de quienes los consideran “calificativos emocionales o simples exclamaciones” y la de quienes sostienen que hay “valores racionales, predeterminados de forma a priori y necesaria” (LW, 13, 189)— a las transformaciones conceptuales que dieron lugar a las modernas ciencias. Aunque en ese lugar la idea esté apenas esbozada, se trata de un tópico que se repite muy a menudo en la obra de Dewey, lo que permite enhebrar el argumento que aquí ofrezco a título de reconstrucción.

sicos. La historiografía positivista, precisamente por ser el positivismo una consecuencia de dicha revolución en el plano intelectual, no podía menos que ver en ella el momento de fundación de la Ciencia con mayúsculas, o su consagración definitiva tras siglos de avances inconexos y dubitativos, mediante el feliz descubrimiento de su Método propio. En cuanto al cambio metafísico subyacente a la nueva práctica metodológica, era un lugar común afirmar que consistió en la desvinculación de los procesos materiales respecto de la idea de “propósito” (la desaparición de las “causas finales” como mecanismo explicativo). La teoría aristotélica de las causas finales (el “teleologismo”) se interpretaba, no obstante, muy inadecuadamente como la atribución sistemática e indiscriminada de disposiciones antropomorfas a las cosas inanimadas. Pero en realidad era más bien una forma de *naturalismo* que no trazaba ninguna división apriorística entre lo “material” y lo “espiritual”, o entre lo humano y lo no humano. Para esa visión a la vez metafísica y metodológica, tanto lo animado como lo inanimado podían comportarse a veces –si bien excepcionalmente– de manera desordenada y caprichosa, y otras veces –las que se pueden reducir a explicación, a “teoría”– de acuerdo con ciertas pautas que tienden a conformar un orden inteligible.¹⁵ En el caso de las acciones humanas, dichas pautas se traducían en principios prácticos (ético-políticos, sociales), y en el caso de las demás cosas en principios físicos; pero no había diferencia sustancial entre ellos, en ambos la naturaleza de la propia cosa llevaba implícito un contenido de carácter “normativo”.

La ciencia moderna, en cambio, adopta un marco metafísico que re-conceptualiza la materia mediante su idealización matemática. El orden abstracto de las matemáticas no proporciona una dirección (un “telos”) a los fenómenos, sino que se limita a regular las relaciones constantes de unos con otros. De ahí resulta la novedosa idea de “hecho”, que pasará a considerarse el objeto propio y único de la ciencia.¹⁶ Pero estos “hechos”, caracterizados ahora por carecer intrínsecamente de dirección, de propósito, no sirven para dar cuenta de las acciones humanas tal como los propios agentes nos las representamos, y así las acciones pasan a constituir un orden paralelo a la cadena causal de los hechos y cuya relación con ésta se vuelve un problema simultáneamente epistemológico –qué método debe usarse en una “ciencia del hombre y de la sociedad” (o, por usar la terminología de la época, en la Filosofía Moral)– y metafísico –qué ontología permitiría articular ambos órdenes.

Suponiendo que la representación que nos hacemos de nuestras acciones sea adecuada (cosa que negaría un reduccionista materialista), se diría que una ontología de “hechos” es cuando menos incompleta. Pues, aunque una acción es sin duda un hecho que produce otro hecho, lo que hace de ella una *acción* es que el hecho producido resulta de una *preferencia*, de forma que esos dos hechos están en una relación que se sobreañade a su dimensión causal y le proporciona otra: la relación medio-fin. Si

¹⁵ A este respecto, es destacable la minuciosidad analítica que Aristóteles exhibe al distinguir entre *téchne*, *phýsis*, *týche* y *autómaton* en su discusión de la causalidad; v. *Física*, II, 4 (y *Metafísica*, 1070a5).

¹⁶ Al ser la dicotomía conceptual “hecho-valor” de factura relativamente reciente, por fuerza también lo es la noción de “hecho” *qua* distinta de la de “valor”. La ciencia premoderna no describía hechos para establecer las leyes que los correlacionan, sino que clasificaba sustancias para descubrir los principios que gobiernan su *comportamiento*. Precisamente, lo que caracterizaba a las sustancias era que *hacían* cosas; eran cada una, a su manera, un tipo de agente, y la meta del conocimiento consistía en llegar a entender el sentido que tenían todas esas “acciones”: la acción de caer de la piedra, la acción de girar de la estrella, la acción de latir del corazón, o la acción de entender del propio científico. Todos estos “hechos” realizaban al mismo tiempo “valores” (fines, metas), de ahí que no hubiera posibilidad de contraponer unos a otros ni necesidad de conceptualizarlos por separado.

nuestras acciones son algo real –y no un mero espejismo, como sostiene el reduccionismo–, entonces esa dimensión no lo es menos. Pero en tal caso no sólo hay hechos: *hay* también la preferencia de unos hechos sobre otros, o lo que hace de ciertos hechos algo susceptible de ser perseguido o buscado por la acción, lo que los “tensa” en la relación medios-fines. El nombre genérico para eso es “valor”. Así pues, bajo este supuesto de la realidad de las acciones, hay hechos y hay valores (o valoraciones).¹⁷

Esto planteaba un problema serio a los positivistas, que no sólo habían adoptado la “ciencia de hechos” (la ciencia “natural”, idealmente la física) como paradigma epistemológico, sino que habían limitado igualmente su ontología a un “universo de los hechos”. Ello aparentemente les obligaba a negar la realidad de los valores y, de la misma tacada, la de las acciones. Lo primero lo hicieron decididamente, pero algunos trataron de evitar lo segundo. La solución vino de la mano de la psicología (en realidad, se la proporcionó ya confeccionada Hume y toda la escuela de psicólogos empiristas del XVIII). Lo que media entre esos dos hechos que se enlazan mediante la acción, lo que convierte a uno de ellos en el hecho preferido, o “fin”, y da curso al otro como “medio”, es a su vez otro conjunto de hechos llamados “sentimientos” o “emociones”. Por tanto, las acciones quedan reabsorbidas en el “universo de los hechos” al describirse como meros efectos de las emociones, que son ellas mismas hechos también. En esencia, esto es lo que cabría entender genéricamente por *emotivismo*.¹⁸

Bajo este análisis, los juicios que expresan valor o preferencia resultarían ser, como cualquier otro enunciado con sentido, una mera descripción. No obstante, eso mismo parece demostrar que el análisis es incorrecto, puesto que el significado de tales juicios valorativos pretende ser normativo; o, por usar la fórmula acuñada por Hume, no dicen lo que es, sino lo que “debe ser”. Ese carácter normativo, que el lenguaje de la nueva ciencia había eliminado primero de la esfera de lo inanimado y, más adelante, con su extensión a las ciencias de la vida, del reino biológico también, requiere al menos una reinterpretación en el caso de las acciones, ya que, tal como las concebimos, la prescripción, y no solamente la descripción, es consustancial a ellas. Por tanto, aunque nada en el *contenido cognitivo* de esos enunciados pueda remitir a “valores” (sólo existen “hechos” como potencial referencia objetiva para el lenguaje), pese a todo la dimensión normativa debe hallar algún encaje en su *significado*. Esto es lo que lleva al emotivismo, y en particular a Stevenson, a analizar el significado de

¹⁷ Usar el sustantivo “valor” parece comprometernos con algún tipo de entidad, pero esto es sólo una trampa lingüística (y bastante ingenua además). En “Theory of Valuation” (LW, 13, 194), Dewey señaló precisamente que la cuestión de si la forma sustantivada tiene o no prioridad conceptual sobre la verbal (que en inglés coinciden, ya que “value” puede usarse indistintamente como verbo y como sustantivo) es filosóficamente decisiva. Así, se puede pensar que los valores son entidades, en cuyo caso el verbo “valorar” (derivado de ese sustantivo) mencionaría un cierto acto de aprehensión; o se puede pensar que lo que existe primariamente es la acción de valorar, en cuyo caso el sustantivo “valor” (derivado de ese verbo) mencionaría el objeto de una cierta actividad. En este segundo sentido, que algo sea “un valor” no lo caracteriza ontológicamente (o “en cuanto a su existencia primaria”, como dice Dewey), sino en relación con una actividad nuestra, como cuando decimos de una botella vacía sobre la que estamos practicando el tiro que es “un blanco”. Así pues, la morfología de la palabra es en sí misma inocua, pese a lo cual (y también precisamente por ello) Dewey aceptó la sugerencia de los editores de la *Enciclopedia* para cambiar el título original de su ensayo, “Teoría de los valores”, por el de “Teoría de la valoración”.

¹⁸ En este sentido, el emotivismo no es una forma de reduccionismo materialista (que es la otra opción abierta para el positivista), ya que en principio pretende ser compatible con la representación que nos hacemos de nuestras acciones.

los enunciados valorativos en dos componentes: uno descriptivo (cognitivo), en el que tiene lugar la referencia a hechos, y otro *emotivo* (no-cognitivo), responsable del carácter directivo o normativo de tales enunciados.

Ahora bien, para que este análisis se sostenga es preciso mostrar que existen expresiones o signos lingüísticos que poseen un *significado* exclusivamente “emotivo” y cuya presencia en los enunciados valorativos –o la de otros giros o términos reductibles a ellos mediante paráfrasis adecuadas– daría cuenta de su componente normativo. De lo contrario, como observa Dewey, deberíamos limitarnos a decir que los enunciados valorativos tienen una *función* directiva (normativa, práctica), cosa que es obvia y que constituye su rasgo distintivo frente a otro tipo de oraciones –por ejemplo, las de las ciencias–; esa función determina sólo la clase de hechos que interesa *seleccionar* al formular juicios de valor, pero no los convierte en juicios con un *contenido* especial.¹⁹ Por tanto, el emotivismo necesita comprometerse con la existencia de signos lingüísticos sin referente y cuyo significado se agote en su componente “emotivo”. Tales signos serían las interjecciones, que, según Stevenson, no se asemejan a las palabras que sirven para denotar o describir emociones, sino a “expresiones naturales” como las risas, los gruñidos o los suspiros, que las exteriorizan.²⁰

A este respecto, Dewey señala,²¹ en primer lugar, la diferencia entre una risa, gruñido, etc., tomados como simple “descarga” de una emoción –en cuyo caso son procesos orgánicos tan carentes de significado en sí mismos como la sudoración, el erizamiento del vello, etc.– y tomados como expresión de una emoción en particular, en cuyo caso su valor de signos o síntomas depende, no de su simple emisión, sino de ésta conjuntamente con una gran cantidad de descripciones y contenidos cognitivos que van más allá de ella. Evidentemente, lo mismo sucede con las interjecciones: “¡ay!”, o “¡vaya!”, bien pueden considerarse como meras respuestas orgánicas que acompañan a un sentimiento de dolor o de contrariedad, bien como signos de tales sentimientos. Pero, en éste último caso, no lo son en virtud de sí mismas, sino como parte de un contexto lingüístico y práctico en el que, precisamente, reciben una referencia, una denotación (la emoción en cuestión). Aproximándose a lo que podría haber dicho un wittgensteiniano sobre la referencia en general, Dewey afirma a propósito de las interjecciones: “mediante su presencia en un contexto total del que el lenguaje es un miembro más, adquieren la capacidad de referir más allá de su mera ocurrencia.”²² Así pues, si las interjecciones tienen significado en absoluto, entonces tienen un referente y el significado en cuestión es descriptivo, no “emotivo”. Además, los determinantes de ese significado trascienden con mucho el espacio privado o

¹⁹ “Una cosa es decir que, debido a la función o al uso distintivo de los enunciados morales, se seleccionan unos hechos más bien que otros, y se disponen u organizan de una determinada manera más bien que de otra. Algo similar se aplica a las diferencias que separan a las ciencias (por ejemplo, a la física de la psicología). Otra cosa completamente distinta es convertir la diferencia de función y de uso en un componente diferencial de la estructura y contenidos de los enunciados éticos.” “Ethical Subject-Matter and Language”, LW, 15, 128. La analogía con el caso de la psicología y la física tiene su interés. En una psicología *no mentalista*, los enunciados psicológicos no se caracterizan por una cualidad *semántica* especial; simplemente, seleccionan y organizan los hechos que son relevantes *para sus intereses especiales de explicación* de modo distinto a como lo hace la física; por tanto, la diferencia entre “hechos físicos” y “hechos psicológicos” tiene sólo un rango metodológico. Pues bien, en el mismo caso estarían, para Dewey, los “hechos científicos” y los “hechos morales”. Y lo interesante es que, como veremos luego, el principal reproche de Dewey hacia Stevenson es que éste recurre precisamente a una psicología mentalista.

²⁰ *Ética y lenguaje*, ed. cit., capítulo III, pp. 46-49.

²¹ “Ethical Subject-Matter and Language”, LW, 15, 131 y ss.

²² *Ibid.*, 133.

interno de la “emoción”, ya que su comprensión implica un conocimiento del contexto externo, tanto lingüístico como extra-lingüístico. Esto enlaza con el que será el punto central de la crítica de Dewey a la teoría emotivista del significado.

Pues, en segundo lugar, el modo en que Stevenson trata tanto las “expresiones naturales” de emoción como las interjecciones revela un marco de explicación psicológica que Dewey considera totalmente inadecuado.²³ En efecto, respecto de las expresiones que pretendidamente poseen significado emotivo se da a entender que hay dos cosas distintas involucradas: una, la emoción, y otra, su descarga o exteriorización en la forma de una risa, un llanto o una interjección. Gracias a esto, lo segundo puede funcionar como “expresión” de lo primero.²⁴ Y esa “emoción” no puede ser otra cosa que un estado mental interno directamente identificable mediante introspección, como oportunamente aclara Stevenson:

Hemos introducido provisionalmente el término “emoción” porque es sugerido por el término “emotivo”. Pero, en adelante, será conveniente reemplazarlo por “sentimiento o actitud” con el objeto de preservar la uniformidad terminológica [...]. “Sentimiento” designa un estado afectivo que manifiesta su naturaleza mediante la introspección, sin que se apele a la inducción.²⁵

Como era de esperar, aquello *mentado* en el “significado emotivo” y que no es un objeto del mundo externo (ya que no es posible asociar significado descriptivo alguno a estas peculiares emisiones lingüísticas), resulta ser un objeto del “mundo interno” introspectivo. Paradójicamente, el análisis positivista de los enunciados valorativos termina postulando la existencia de unos “hechos” intrínsecamente subjetivos y enteramente inobservables, una instancia privada sobre la que habría de descansar el discurso público de las valoraciones.

Esto no es más que la consecuencia de la psicología mentalista y pre-científica que el positivismo tomó prestada del empirismo clásico para armar su teoría del “significado emotivo”. En cambio, para una psicología “científica” como la que el propio Dewey venía impulsando casi desde sus primeros escritos,²⁶ basada únicamente en el comportamiento sujeto a observación y experimentación, el grito, el llanto o la interjección no

²³ En el mismo año en que escribe la reseña, Dewey hace la siguiente observación sobre el libro de Stevenson en una carta a Horace S. Fries (18 de septiembre de 1945): “en algunos aspectos es mejor que la mayor parte de lo que se ha escrito sobre el método de la ética, pero sus así llamados fundamentos ‘psicológicos’ son espantosos” (citado en una nota del editor a LW, 16, 470). La acusación no es poca cosa porque, como subrayo a continuación, pone en evidencia el compromiso del positivismo, a través de sus tesis emotivistas, con una psicología “metafísica” y precientífica.

²⁴ “Ethical Subject-Matter and Language”, LW, 15, 134.

²⁵ *Ética y lenguaje*, ed. cit., p. 64. Stevenson insiste varias veces en la naturaleza introspectiva del objeto al que apunta el significado emotivo: “se puede ver ahora, con mayor claridad que antes, por qué el significado emotivo puede permanecer más o menos constante mientras que pueden variar los estados mentales espontáneos que lo acompañan susceptibles de ser aprehendidos por vía introspectiva. [...] En segundo lugar, si las respuestas son en sí mismas disposiciones [...] habrá mayor posibilidad de cambio en los estados mentales espontáneos susceptibles de ser aprehendidos por vía introspectiva. Esto se debe a que la misma actitud puede tener diversas manifestaciones introspectivas” (*ibid.*).

²⁶ Los trabajos de Dewey en este campo, inspirados en los pioneros *Principios de psicología* de William James, pusieron las bases del funcionalismo en psicología. Sus lineamientos generales aparecen ya claramente en un artículo clásico, “The Reflex Arc Concept in Psychology” (1896) –hay traducción castellana, “El concepto de arco reflejo en psicología”, en John Dewey, *La miseria de la epistemología: ensayos de pragmatismo*. Ed. de Ángel Manuel Faerna. Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pp. 99-112. Años después, Dewey incluiría este artículo, con algunas revisiones y el nuevo título de “The Unit of Behavior”, en su *Philosophy and Civilization*, Nueva York, Minton, Balch and Co., 1934, pp. 233-248.

son sino partes de un único suceso, de una integración de conductas. Así, por ejemplo, un bebé que no ha sido alimentado en las últimas horas se despierta, se revuelve en su cuna y llora; esto no es la sucesión de dos “acontecimientos” (la sensación de hambre y su manifestación hacia afuera), sino un todo conductual donde ningún elemento (la interrupción del sueño, la agitación de los miembros, las lágrimas, los sonidos emitidos) es en y por sí mismo la exteriorización de algo interno, si bien cualquiera de ellos puede pasar a usarse como signo o síntoma de la condición general del bebé en ese momento; una condición que resumimos en la descripción “tener hambre”. Lo esencial aquí es que dicha descripción no denota un “estado interno”, sino la especial relación en que el sujeto se encuentra con diferentes objetos y sucesos que están teniendo lugar a su alrededor, y por tanto fuera de él. Que “internamente” experimente determinada sensación o emoción es, para Dewey, completamente irrelevante a la hora de describir lo que está sucediendo (no hace falta negar que la sensación exista, basta con saber que ahí no descansa el significado de “tener hambre”).²⁷ Más bien, es sobre la base de estas descripciones de la relación entre un sujeto y las circunstancias externas como asociamos luego individualmente las palabras “hambre”, “miedo”, “frío”, “gozo”, “amor”, “odio”, etc., a contenidos introspectivos concretos. De aquí se sigue que el significado de esas palabras, así como el de otras expresiones que pueden denotar lo mismo *cuan-do se toman como signos* (llantos, risas, interjecciones), es enteramente descriptivo.

Cualquiera de los sucesos mencionados puede eventualmente ser tomado por, y usado como, un signo. Pero *deviene* un signo, no es un signo en su mero ocurrir original. La pregunta de cómo deviene signo, bajo qué condiciones se lo toma como algo que está en lugar de otra cosa, ni siquiera se plantea en el enfoque de Stevenson. Si se discutiera ese punto, creo que resultaría claro que la condiciones en cuestión son las de una transacción conductual en la que *otros* sucesos (ésos a los que llamamos “referentes” o, más comúnmente, “objetos”) son parte inseparable [*joint partners*] del suceso que, en tanto que puro suceso, *no* es un signo.²⁸

Es imposible, afirma Dewey, aislar cualquier emoción de los objetos y circunstancias que la suscitan y decir a continuación que *eso* es lo que denota el nombre correspondiente; pues pensar en el miedo, la esperanza, la irritación, la simpatía, sin pensar al mismo tiempo en *cosas* a las que el miedo, la esperanza, la irritación o la simpatía se dirigen, no es pensar en nada cuyo significado se pueda reconocer y especificar. Las “emociones” así entendidas, que serían lo que pretendidamente denotan los términos que analiza Stevenson, carecen de entidad expresable y de criterios de identificación –lo que vale tanto como decir que son un puro mito. Una vez más, no queda nada a lo que podamos llamar “significado emotivo”.

Recordemos que la *función* normativa –o cuasi-imperativa, como dice Stevenson– de los enunciados valorativos es algo que no está en cuestión: no hay ninguna duda de que tales enunciados se usan para influir de diferentes maneras en la conducta de las personas, y no para describirlas.²⁹ Ahora bien, la tesis de Stevenson es que, puesto que

²⁷ Véase, por ejemplo, “Theory of Valuation”, LW, 13, 198-199.

²⁸ “Ethical Subject-Matter and Language”, LW, 15, 134.

²⁹ Después de citar una frase de Stevenson –“tanto los imperativos como las oraciones éticas se usan más para alentar, modificar o redirigir los objetivos y la conducta de las personas, que para describirlos simplemente”–, Dewey comenta: en lo que concierne al *uso*, creo que no sería exagerado decir que la palabra “más” en ese pasaje no es lo suficientemente fuerte. De las oraciones éticas, tal como se las usa comúnmente, creo que se podría decir que su *entero* uso y su *entera* función es directiva o ‘práctica’”. *Ibid.*, p. 137.

esos enunciados poseen una dualidad de significado, cognitivo y emotivo, constituyen un género aparte al que no le son aplicables los criterios de aceptabilidad objetiva o intersubjetiva que rigen en el discurso acerca de “hechos”. Y ello porque el componente emotivo del significado no está conectado por vínculos lógicos al componente descriptivo: los mismos hechos pueden suscitar emociones distintas, o hasta contrarias, en diferentes individuos, y así éstos pueden discrepar indefinidamente en sus valoraciones aun cuando alcancen un acuerdo en todas sus descripciones. Su coincidencia respecto al “ser” de las cosas no les compromete a ninguna coincidencia en su “deber ser”.³⁰

Pero, si no hay tal dualidad de significado, porque no hay tal cosa como un “significado emotivo”, los enunciados valorativos dejan de ser algo singular desde el punto de vista de su contenido y, por ende, desde el punto de vista de sus criterios de aceptabilidad objetiva o intersubjetiva. Se limitan a describir ciertas conexiones empíricas que, a los efectos de la acción humana, resultan relevantes para encaminarla y dirigirla; sólo que esa descripción no lo es de “hechos”, como categoría contrapuesta a la de “valores”, sino de condiciones y consecuencias objetivas que actúan o pueden actuar en la función medios-fines. Son los mismos objetos a los que se refiere cualquier discurso empírico, sólo que revestidos de su potencial valor o disvalor, ya que es a esa luz como adquieren sentido para la acción. Así considerados, los enunciados valorativos podrían perfectamente discutirse sobre bases empíricas, así como ajustarse y corregirse de acuerdo con la experiencia. En particular, puede distinguirse entre valoraciones que son el resultado de la investigación y la reflexión, y de una escrupulosa atención al funcionamiento real de las cosas (para las que Dewey reserva el título honorífico de “juicios éticos”, pues la ética es la indagación en las *razones* que hacen preferibles unas acciones sobre otras), y aquéllas que son fruto de la autoridad, el prejuicio, la ignorancia o la rutina (las *mores* o costumbres que es tarea de la ética enjuiciar).³¹

Volvemos así, finalmente, a la cuestión metafísica de fondo: la de la insuficiencia de la idea de “hecho” en el contexto de una descripción de la acción humana y de un análisis del discurso normativo. La idea de “hecho” es una construcción, sin duda imprescindible para los propósitos de una parte de la ciencia natural, pero llena de limitaciones si se la toma –como los positivistas hicieron– por piedra angular de una ontología general. Para Dewey, la idea misma de una ontología general, con toda su carga de esencialismo y teoreticismo, era un completo error. Los conceptos metafísicos tenían para él un valor puramente histórico y estaban condenados a cambiar y a evolucionar con el tiempo y con el propio cambio de nuestra instalación material y

³⁰ Es la conocida tesis de Stevenson sobre los “dos tipos de desacuerdo”, en la creencia y en la actitud, expuesta en el capítulo I de *Ética y lenguaje*. En su “Introducción” a la *Ética* de Dewey y Tufts, Stevenson afirma: “Dewey no usó la expresión ‘desacuerdo en la actitud’ ni ninguna otra equivalente; pero, como tantísimas otras personas, con seguridad tuvo que ser consciente intuitivamente de la clase de desacuerdo a que se refiere” (MW, 5, xxvi). Sobre este supuesto, Stevenson ensaya a continuación una reconstrucción tentativa de la idea de Dewey de que los juicios de valor pueden ser sometidos a prueba experimental –y, por tanto, de que no cabrían desacuerdos valorativos “irreductibles”– como si descansara en un “acto de fe” por el que la posibilidad *lógica* de dichos desacuerdos resultará no verificarse nunca *en la práctica*. Sin embargo, en la medida en que la contraposición “desacuerdo en la creencia-desacuerdo en la actitud” depende conceptualmente de la contraposición “significado descriptivo-significado emotivo”, parece claro que Dewey nunca habría admitido esa “clase de desacuerdo” que Stevenson hace aparecer como “intuitiva”. Por tanto, su atribución a Dewey de una solución puramente voluntarista al problema de los desacuerdos morales irreductibles yerra, en mi opinión, completamente el blanco.

³¹ Como dije antes, mostrar que los juicios de valor pueden y deben ser entendidos como juicios empíricos, si bien destinados a un *uso* práctico, es la tarea que aborda Dewey en “Teoría de la valoración”. La discusión con Stevenson despejaría el camino hacia esa tarea haciendo ver que no hay obstáculos *semánticos* en ella.

cognoscitiva en el mundo. En todo caso, una ontología de “hechos” le resultaba especialmente inadecuada para unos tiempos en los que esa instalación material viene marcada por el control sobre nuestras condiciones de vida a través de la técnica, y la cognoscitiva por la ampliación de la esfera de las ciencias para cubrir los fenómenos biológicos, psicológicos y sociales. Pues en todos estos campos el factor determinante no es la concatenación *causal* de esos fenómenos, sino su relación *funcional*. En psicología, la diferencia entre los dos enfoques es particularmente significativa: si la “física de las pasiones” de los psicólogos dieciochescos analizaba la acción desde un modelo mecanicista de estímulo y respuesta (la teoría del “arco reflejo”), la psicología funcionalista de Dewey la integraba en un sistema de continuos reajustes dinámicos de “situaciones”, “todos conductuales” o “unidades de comportamiento” en las que la existencia de un agente dotado de deseos, intenciones y preferencias (entendidos, no como estados internos, sino como “transacciones” con el entorno) forma parte de la *descripción* ya desde el principio. Por tanto, bastaría con *no* trasladar de forma vicaria las convenciones ontológicas que adoptamos en el estudio de la materia inerte a los niveles progresivamente más complejos de lo biológico, lo psicológico y lo social, para que el misterio metafísico y epistemológico de las dos cadenas paralelas, la causal (estímulo-respuesta) y la funcional (medio-fin), se disolviera por sí solo.

Éste sería, en última instancia, el desacuerdo realmente básico entre Dewey y los positivistas: el rechazo del primero hacia el reduccionismo fisicista de los segundos como un dogma metafísico injustificable e innecesario. Tal reduccionismo, impulsado principalmente por Carnap, había de desembocar en un concepto extremadamente rígido de “ciencia” que dejaba fuera disciplinas “blandas” como la psicología o la sociología y alejaba al positivismo de su inicial aspiración a “unificar las ciencias”.³²

III

Señalaba al principio que asistimos hoy a una rehabilitación del pragmatismo, y en particular de Dewey, entre autores de la tradición “post-analítica”. Precisamente uno de los tópicos que suelen mencionarse a este respecto es la difuminación de la otrora férrea dicotomía entre hechos y valores.³³ En efecto, desde hace tiempo viene siendo ya norma hablar de la imposibilidad de disociar hechos de valores, lo descriptivo de lo normativo, el ser del deber-ser, en campos en los que dicha asociación había funcionado anteriormente como un presupuesto metodológico básico. Tanto en la filosofía de las ciencias sociales como en la de las naturales, la pretensión de que existe un universo de “hechos”, definibles al margen de cualesquiera intereses y fines preconcebidos por parte del investigador, suele verse hoy como un “dogma positivista” totalmente ingenuo (o perverso). Una ingenuidad en la que no habrían caído los pragmatistas con su insistencia pionera en la “primacía de la práctica”, con sus críticas a la pretendida autosuficiencia de lo teórico y su supuesto carácter “desinteresado”, y con

³² La temprana muerte de Neurath, que veía con igual desconfianza esta deriva carnapiana, contribuyó también en alguna medida a ese resultado. Sobre Neurath, Carnap y Dewey en relación con este problema, véase el capítulo 4 del libro de Reisch ya citado.

³³ La referencia inevitable, aunque no la única, es aquí el ensayo que da título al reciente libro de Hilary Putnam, *The Collapse of the Fact/Value Dichotomy, and Other Essays*. Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2002, pp. 1-64 –hay traducción castellana: *El desplome de la dicotomía hecho-valor y otros ensayos*, Barcelona, Paidós, 2004.

su interpretación de la propia noción de verdad como esencialmente normativa y valorativa.

Ahora bien, cuando se examina, como aquí se ha intentado hacer, el contexto dialéctico en el que Dewey puso en juego esa idea, su sentido adquiere matices que la alejan en aspectos importantes del espíritu con el que hoy en día se la reivindica. De la discusión anterior se sigue que, para Dewey, no se trata tanto de difuminar la distinción hecho-valor sugiriendo que cualquier descripción que hagamos de un hecho está ya mediada por valores de distinto tipo (empezando por “valores epistémicos” como verificabilidad, simplicidad, potencial predictivo, economía, congruencia, etc.), cuanto de llamar la atención sobre *la asimetría de la distinción misma*. Respecto de lo primero, no hay duda de que Dewey estaba también de acuerdo, porque eso es exactamente lo que significa afirmar que la noción de “hecho” es una construcción guiada por los intereses que hemos depositado en una parte de la ciencia natural. Pero el otro aspecto de la crítica, el que incide en la “cuestión metafísica”, parece más cercano a los objetivos que Dewey perseguía con ella.

La asimetría de la distinción hecho-valor, como hemos visto, se refiere a que mezcla dos perspectivas heterogéneas sobre las cosas. Porque, aunque las cosas sean siempre unas y las mismas *sub specie aeternitatis*, nuestro conocimiento de ellas se mueve en niveles de descripción diferentes en función, precisamente, de los diferentes intereses, de los diferentes *problemas*, que nos plantean. Por ilustrarlo con un ejemplo trivial: el “principio de relatividad mecánica” de Galileo, que hace equivaler el reposo al movimiento compartido entre el móvil y su sistema de referencia, pertenece a la mecánica pero no tiene traducción en la fisiología; porque un corredor de maratón durante la carrera quema glucosa, produce ácido láctico, acelera su ritmo cardíaco y respiratorio, aumenta su transpiración, y un sinfín de cosas más que en el lenguaje corriente resumimos diciendo que “se cansa”, y seguiría cansándose aun cuando su sistema de referencia se moviera con él con igual velocidad y dirección. Obviamente, “sistema de referencia” es un concepto relevante en la consideración mecánica del movimiento, pero puede no tener aplicación útil alguna en otros niveles de descripción. “Moverse” y “correr” pueden referirse al mismo acontecimiento objetivo en el mundo, pero el nivel de descripción con que lo abordemos conduce a afirmaciones asimétricas.³⁴

Preguntarse si *hay* valores *además de* hechos sería como preguntarse si hay un segundo corredor que se cansa mientras el primero permanece en reposo mecánico. Si nos interesa la medicina deportiva, necesitaremos conceptos específicos que permitan siquiera enunciar nuestro objeto de estudio; a continuación, deberemos diseñar estrategias empíricas de investigación que permitan estudiarlo de manera eficaz y provechosa. Análogamente, si lo que nos interesa es la acción humana, tendremos que empezar por describirla mediante conceptos adecuados (medios, fines, deseos, preferencias), que no remiten a contenidos oscuros e inescrutables para la investigación, a un mundo paralelo de “valores” o a un ámbito interno de “emociones”, sino que acomodan los contenidos comunes de cualquier discurso empírico al tipo especial de problema que nos interesa plantear.

³⁴ La equivalencia entre reposo y movimiento rectilíneo uniforme sigue siendo verdadera del corredor, evidentemente, aunque para él sea muy distinto estar corriendo de estar parado. A esto es a lo que quiero referirme con la “asimetría” de las descripciones, que imposibilita cualquier contradicción entre ellas.